

PASANDO AL OTRO LADO: MÁS ALLÁ DE LOS LÍMITES ANTERIORMENTE ACEPTADOS

Cuarenta años después del Vaticano II, la bocanada de aire fresco del concilio parece como contaminada por -en un símil informático- unos virus que paralizan e impiden la renovación esperada. Dos de estos virus son el clericalismo -con su buena dosis de antifeminismo- y el colonialismo. Descubrirlos no es tarea fácil ya que están ocultos bajo muchas capas de historia. El antídoto está en la humildad y la osadía que se encuentran ya en el evangelio de Jesús.

Journeying to the other side: beyond previously accepted boundaries, East Asian Pastoral Review 42 (2005) 61-73

¡Alerta con los virus! Son palabras que forman parte de la vida diaria de los usuarios de un ordenador. Los virus son peligrosos; dañan los programas y causan estragos por todas partes. Ignorar “una alerta de virus” puede acarrear la pérdida del trabajo de un día, mes, o año en un abrir y cerrar de ojos. Instalar el apropiado “parche” (*patch*) libra el ordenador de la contaminación y lo protege de futuras infecciones. El peligro de virus en el ordenador es una analogía útil para reflejar la situación de la mujer —y por extensión de la iglesia— 40 años después del Vaticano II.

Este ensayo sugiere que el aire fresco del Espíritu Santo, que sopló en el Vaticano II y que concedió el don de valentía para actuar, para pensar y para hablar a los Padres del Concilio, está contaminado por virus que paralizan la renovación e impiden que salgan nuevos modelos de iglesia. Parti-

cularmente existen dos virus en la iglesia: clericalismo y colonialismo. La humildad y la osadía son los antídotos para prevenir futuras infecciones. No es tarea fácil. Estos virus entran ocultos en *attachments* (documentos adjuntos, accesorios), es decir, interpretaciones, aceptadas desde antiguo, de la escritura y la tradición y de modelos de ser de la iglesia, y por ello son difíciles de localizar. La incapacidad de encontrarlos y de valorar el daño que hacen a la comunidad de fe puede deberse a una cierta cerrazón mental que impide a las comunidades y a la iglesia recibir el don de un nuevo interrogante, de comprometerse en nuevas experiencias y de entrar en un proceso de conversión. Reconocer su presencia permite a la iglesia ver honestamente el daño que virus como el clericalismo y el colonialismo causan a nuestras comunidades de fe.